



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	004: PREMIOS Y DISTINCIONES
CAJA	010
EXP.	167
DOC	0001
FOJAS	8
FECHA(S)	2004

HOMENAJE A LA DOCTORA BEATRIZ DE LA FUENTE. MESA REDONDA DE PALENQUE, MAYO DE 2004.

Sergio Raúl Arroyo

Director General del Instituto Nacional de Antropología e Historia

Muy cerca de aquí, en la tumba del Templo XX, al oriente del río Otolum y al sur de los templos del Grupo de la Cruz, sobre un muro, se encuentran nueve figuras pintadas que Merle Green describió en el cuarto tomo de *La pintura mural prehispánica en México*. Cada una de estas figuras porta un cetro con pie de serpiente, y todas, excepto una, están rematadas con el dios K o con el dios Bufón. Uno de los cetros tiene una flor en la parte superior. Todas las figuras miran hacia el norte. Cuatro de ellas, llevan un escudo; dos de estos escudos tienen una máscara, los dos restantes contienen el trazo de franjas cruzadas. Los personajes, con taparrabos profusamente decorados, presentan como pendientes, bajo el cinturón, tres cabezas humanas que tienen un marco en forma de boca.

Esta referencia general, incipientemente interpretada, hace visible el misterio que simultáneamente condensa y revela el universo prehispánico con su envoltura simbólica y sus significados que, tras un vacío de siglos, paulatinamente va siendo nuevamente llenado de contenidos por los laboriosos afanes de historiadores, antropólogos, arqueólogos, epigrafistas, buscando trazar extensos arcos temporales que den cuenta de la enorme diversidad que albergan los horizontes culturales de la antigüedad mexicana.

Probablemente toda vida humana sea la suma de una compleja proyección de formas, una invención que define y expresa los perfiles de las culturas y cifra incesantemente las corrientes de la civilización. Quizá, como alguna vez lo sugirió George Steiner, el mundo es una construcción verbal, sujeta, a veces, a leyes tan inexorables como inaccesibles. No obstante, frente a la contundencia de este hecho, constatamos el despliegue de aventuras humanas, cuyo principal eje se orienta a develar algunos de los secretos detrás de esa infinita pero calculada imaginación de formas, de los caudales de los mitos, de las estrategias de las narrativas y de las transfiguraciones del pensamiento plástico.

Una contemporánea nuestra, cuya calidez ha sido especialmente cercana al Instituto Nacional de Antropología e Historia, ha buscado restablecer la relación entre la palabra y los objetos artísticos del mundo mesoamericano, de explicarlos en su singular fluir histórico para repensar sus valores estéticos y sociales desde perspectivas que nos confrontan con el tremendo paisaje de la realidad. El acto de reanudar el diálogo entre verbo e imagen y comprometer una comprensión para el presente, ha sido en buena medida, la tarea vital de la doctora Beatriz Ramírez Aguirre, maestra Beatriz de la Fuente.

Su persistencia visionaria ha resultado fundamental para organizar grupos de trabajo multidisciplinarios, provenientes de diversas instituciones académicas de todas las latitudes, cuya eficacia está a la vista en la oferta de instrumentos de consulta sobre pintura mural prehispánica, o de las interpretaciones sobre la escultura, o del retrato como un peldaño civilizatorio hacia la

autoconciencia de la propia humanidad. Esta inapelable capacidad de convocatoria tiene su fondo en algo que se comparte de modo colectivo y que no pueden otorgar las simples jerarquías políticas o burocráticas: el valor irreductible de la autoridad moral. Hoy quisiera apuntar hacia uno de sus ámbitos de trabajo: la del estudio del arte como aproximación luminosa a las mentalidades indígenas del pasado y su comprensión, a despecho de Tácito, quien afirmó que "toda antigüedad es oscura". Suya es la base de una posible fenomenología del mundo sensible prehispánico, entendida como praxis que busca encontrar la lógica de los principios y mecanismos que constituyen el fundamento de ese arte y su impronta en la vida colectiva, muy lejos del simple registro histórico o arqueológico que se cancela en la circulación cerrada de sus propios discursos. Sobre este camino quisiera hacer tan sólo algunos comentarios. La doctora De la Fuente piensa que cada una de las culturas mesoamericanas, aun con sus distintos estilos locales, regionales y temporales, son fragmentos de una civilización esencial. Alguna vez escribió: "cuando en alguna de ellas encontremos una luz que nos oriente (habrá que) extenderla para aclarar con ella las sombras que en el conjunto de todas se nos presenten"¹.

Al reconocer en cada pieza arqueológica el lenguaje plástico que construye y explica su propio entorno mental, al descubrir además en la intención creadora no la copia ni la transformación del mundo, sino su continuación, extiende una luz sobre la idea común de la naturaleza de las cosas en toda la geografía prehispánica. Es el arte el que forma y recrea el extenso panteón mesoamericano, ahí se pone en marcha el lenguaje de los mitos, territorio de la

¹ **Peldaños en la conciencia. Rostros en la plástica prehispánica**, México, UNAM, 1985, p.9

religión como presencia y justificación del ejercicio del poder, pero también memoria de los acontecimientos y del sentido de la historia.

Para comprenderlo, Beatriz de la Fuente encontró las claves del efecto plástico en el espíritu humano.

En la mirada está uno de sus secretos privilegiados: dueña de un ojo apto para detectar los centros de fuerza y tensión de la imagen, nos ha entregado descripciones formales precisas, es decir, dibujos con palabras que nos hablan de las intenciones de artistas anónimos y arcaicos. Ha traducido, sin artificios ni calificaciones ideológicas, los mensajes que yacen detrás de objetos dispuestos por la arqueología, piezas frágiles ante la incompreensión y el paso del tiempo.

Abrir las puertas del mundo prehispánico visible e invisible es una experiencia ciertamente llena de incertidumbres, que nos lleva a un territorio que fue ajeno al vacío formal y que, desplegó con enorme originalidad interminables ideas y objetos plásticos en su vida cotidiana. Gracias a algunos estudiosos, aún podemos escuchar con asombro el insistente rumor de preceptos y adivinaciones, cuyas formas, a veces preservadas en densos y silenciosos testimonios, requieren el paciente desciframiento de sus símbolos y de su olvidada voluntad creadora.

Siempre hemos de agradecer a la doctora su especial mirada a las creaciones artísticas del universo prehispánico, sus palabras estructuradas para acortar la distancia entre un sentimiento estético antiguo y extraño y el estremecimiento que provocan sus significados al ánimo contemporáneo; la precisión y prudencia de sus afirmaciones, y la mesurada audacia que deja adivinar el apasionamiento de quien nos ofrece sus visiones vinculadas a

colores, texturas, formas, líneas y signos. Un universo de piedra, estuco y pigmentos con los que se reproducen tanto las cimas siderales, como los cosmos íntimos, que contienen crónicas irrepetibles en las que desfilan hieratismos y fuerzas divinas cargadas de ornamentos a manera de atributos; linajes que recuerdan matrimonios estratégicos y guerras infinitas; rituales que preservan secretos calendáricos y destinos, sabidurías fabulosas y noticias precisas de un mundo que albergó espacios y tiempos peculiares que se encuentran fuera del tiempo utilitario de todos los días, pero también registros sencillos de mercaderes, sacerdotes y militares.

Ante nosotros desfilan infinidad de formas que son cuerpos, cielos, oscuridad, animales, tiempos, plantas, astros, fechas, dioses... Todos siguiendo diseños y caprichos, de rectángulos y cilindros, de óvalos y triángulos que se revelan en rostros y cabezas, elipsis que son bocas y ojos, curvas incisivas que indican los rasgos particulares cuya repetición anuncia estilos de vigencias seculares, a veces en caras, a veces en posturas, a veces como señal de lugares portentosos. La doctora De la Fuente se mueve entre retratos y naturalismos, entre convenciones y medidas ajenas a la proporción matemática como sustento del canon occidental; simetrías de espejo, creatividad artesanal que respondió a las necesidades planteadas por una estética funcional, al servicio del equilibrio cósmico, que se desarrolló al lado de las habilidades de los maestros escultores, ceramistas y del arte plumario, quizá, en diversos momentos, productores de iconografías institucionalizadas.

Piedra, barro, madera, estucos, metales... toda materia susceptible de transformación. De los objetos más endebletes tan sólo queda el registro tardío de los cronistas. Esa fue la suerte del

arte efímero en la masa del amaranto, del maíz, de los bledos, de pasta de caña, del papel amate. Pero no desapareció el alma de las imaginerías y de la voluntad de forma que, a través de pinturas murales, relieves y volúmenes apenas más sólidos es que Beatriz de la Fuente los devuelve a la historia. A partir de los patrones geométricos, de las síntesis de rasgos y gestos, de los esquemas o de la fidelidad de la precisión, De la Fuente recobra y traduce el rostro civilizatorio del México antiguo, describe la singularidad de las manifestaciones plásticas de cada cultura, testimonios únicos de destinos e historias infinitas.

Sin duda, uno de sus logros mayores se ubica en el campo de la imaginación práctica. Mucho hemos aprendido --en las formas de hacer de esta imaginación un mecanismo para conocer el pasado-- de las ventajas del trabajo multidisciplinario. Así, por citar un ejemplo, desdobló la historia del arte en feliz conjunción de ciencia empírica e intuición, como en el caso de la construcción del instrumento de consulta que, con el título de *La pintura mural prehispánica en México*, elaboró el equipo de especialistas encabezados por ella para el rescate y documentación de esta vasto acervo pictórico.

Hoy, el polimorfo equipo de trabajo parece amalgama natural e inapelable, de disciplinas que nunca han estado separadas; hace década y media era, sin duda, taxonomía bizarra difícil de conjugar, sujeta al escrutinio del escepticismo. La doctora De la Fuente experimentó con eficacia lo que era simple posibilidad; con una voluntad a toda prueba, buscó confrontar críticamente la investigación histórica con la opinión diversa. Abrió una puerta en el edificio de las especializaciones y sus miopías cotidianas --esas que Carr definió como apostadas en conocer cada vez más de cada vez

menos—al desafío de oír a los demás. De esta manera, garantizó la participación de arqueólogos, historiadores del arte, arqueoastrónomos, epigrafistas, restauradores, biólogos, astrofísicos, entre otros. Empirismo de las ciencias exactas e intuición del ojo de la historiadora del arte.

Quisiera terminar con una última reflexión, en este homenaje que reafirma una gratitud personal y también una convicción institucional. Celebración de un agradecimiento que le reitera un instituto que ha acompañado firmemente la educación pública en México, que ha materializado junto con otras casas académicas un principio de transversalidad que no se sujeta a coyunturas, ni a estilos personales, sino que ve en su misión social una profunda razón de estado. Celebración inexorablemente ligada al orgullo de la productiva trayectoria de una historiadora del arte que, con total contundencia, logró comprobar el sentido estético inmanente a las creaciones prehispánicas, sentido que habían intuido ya los mejores pensadores de la primera mitad del siglo XX, --quienes imaginaron que todo arte verdadero siempre es contemporáneo. Celebración que nos permite mirar las claras huellas de su vida personal en su trabajo, dudas y convicciones de la experiencia propia. La doctora de la Fuente leyó las creaciones indígenas no únicamente como artefactos para comunicarse con dioses intransigentes, ni tampoco como restos arruinados de civilizaciones extrañas y beligerantes, apenas contenidos de una religión poblada de divinidades y fuerzas sobrenaturales, con imágenes animales y vegetales, de astros que son dioses sedientos de sacrificios. La doctora nos ha acercado a la estremecedora presencia de la civilización prehispánica con subjetividad contemporánea --para citar una frase de su libro

Peldaños en la conciencia—, sin el frecuente sentimiento de devastación de quien habla de culturas muertas.

Ya Steiner como Octavio Paz advirtieron a los modernos que la destrucción de la diversidad de lenguas y de sus particulares construcciones del mundo, es tal vez “la más irreparable de las catástrofes...”. Sin duda lo ha sido también para el pasado: se ha perdido, infinidad de veces, el rostro del universo como construcción verbal. Han quedado solamente los rastros de esas sucesivas metamorfosis. Al prestar palabras al edificio de la historia, palabras que nos permitan una lectura verosímil de lo que hemos sido; en su convicción para abrir un camino inédito y seguirlo con tenacidad; al buscar y mostrar los códigos para descifrar el enigma que rige al mundo, al anular el duelo entre palabra y objeto, el trabajo de Beatriz de la Fuente realiza un recorrido hacia el centro de las imágenes y las creencias, hacia la memoria y sus múltiples formas comunitarias, atravesando la épica y la zoología fantástica de los palacios teotihuacanos y los muros de Bonampak y Yaxchilán. Se trata de un viaje que deja al descubierto la necesidad ancestral de los hombres de encontrar detrás de silencio un destello del tiempo, la sombra (que es la última marca) de nosotros mismos.

Muchas gracias.